

la independencia nacional. En lo que me toca personalmente, mi papel ha terminado, y aun quiza mi vida. Donde quiera que esté en adelante formaré votos por Francia, por su dignidad y por su ventura. Yo la queria servir como soldado, no pudiendo ya como gefe, pero vosotros habeis juzgado que debo renunciar á serle útil. No se trata de mí por consiguiente, sino de mi hijo y de Francia. Creedme, estad unidos. — Tras de pronunciar estas palabras, Napoleón saludó dignamente á los miembros de la diputacion y despidiolos profundamente conmovidos.

Repitamos que Napoleón no se forjaba ilusion alguna; no discurria que la causa de su hijo fuera más fácil de ganar que la suya propia, y aun creia menos que la asamblea agitada y vendida por Mr. Fouché se hallara capaz de defensa. Pero cumplia un deber de padre, al recomendar la causa de Napoleón II, y además estaba en la persuasion de que ofrecia un medio á la sazón para unir los partidos y avivar la adhesion del ejército al mantenimiento de la corona sobre las sienes de aquel niño. Así quiso probar el último esfuerzo en favor suyo. El cuidado con que se habia evitado pronunciarse en tal sentido, le parecia una falta de palabra respecto de su persona. Vivamente se explicó con Mr. Regnaud sobre este asunto; le reconvino por haberle asegurado para inducirle á la abdicacion que haria triunfar la causa de Napoleón II, y lamentóse de lo muy poco que para este fin se habia trabajado, y de lo muy poco que se habia conseguido. Mr. Regnaud no merecia tales reconvenciones, pues engañado por sus deseos y por Mr. Fouché habia creido que la proclamacion inmediata

del hijo seria el galardón de la abdicacion del padre. Tras de excusarse mucho, respecto de Napoleón contrajo el empeño de no omitir nada para que á otro dia tuviera cumplimiento la palabra. Napoleón hizo que fueran citados al Eliseo los dos ministros de Estado Mres. Defermont y Boulay de la Meurthe, con cuya adhesion contaba de seguro, y les pidió que usaran de toda su influencia en la Cámara de representantes, á fin de conseguir que fuera proclamado Napoleón II de una manera formal y que no diera lugar á ambigüedad ninguna. Dispuestos se manifestaron á obrar de tal modo, y habituado á vivir en el seno de las asambleas, donde antes habia figurado honrosamente, monsieur Boulay de la Meurthe, revolucionario honrado, amigo de Sieyes, partícipe de sus miras, y abrigando en el corazón muy vivo odio contra los Borbones, prometió no dejar nada por hacer en esta nueva tentativa.

Mr. Regnaud fué á ver á Mr. Fouché, le dió á conocer el apuro en que ante Napoleón se le habia puesto, el peligro de faltarle á la palabra, de inducirle quiza á retroceder de su sacrificio, y la consiguiente necesidad de satisfacerle de algun modo. Mr. Fouché aparentó ser del propio dictamen, y con los jóvenes diputados Mres. Jay y Manuel, á quienes engañaba al servirles de guía, insistió para que se hiciera algo que satisficiera á Napoleón, sin dar ocasion á imprudentes compromisos respecto de la dinastia imperial. No les reveló sus verdaderas razones que eran muy distintas, como se verá pronto, si bien alegó el doble motivo muy sostenible de no exasperar á Napoleón defraudando sus últimas esperanzas, y de hacer que prevaleciera

ra á ser posible la soberanía del niño imperial, bajo la cual la libertad no tendria que temer nada y estarían plenamente garantidos los intereses del partido revolucionario. Se le prometió de este modo, y se convino en salir algo de la ambigüedad presente, aunque sin lanzarse á irrevocables empeños.

Con efecto, á otro dia 23 de junio, Mr. Berenger suscitó la cuestion, aspirando á determinar la índole de los poderes otorgados á la comision ejecutiva. ¿Se asemejaría á los ministros responsables, ó acaso á la misma soberanía, participando de su inviolabilidad por consiguiente? Con plantear cuestion semejante bastaba para conmover los ánimos con viveza. Muchos oradores alluyeron á la tribuna: unos querian que la comision ejecutiva constituyera un poder responsable, otros que fuese una verdadera regencia, en nombre del príncipe menor y ausente, y con el goce de sus prerogativas. Tomando entonces Mr. Defermont la palabra dijo que aquello era lanzarse á una especie de caos, por no atenerse á principios fijos y estables. Nada sería mas obvio que determinar el papel de la comision ejecutiva, ateniéndose á la constitucion vigente, sin aspirar á salir de sus prescripciones. Según estos principios, que eran los de la monarquía constitucional á todas luces, se tenia un soberano, Napoleon II, heredero necesario y legítimo de Napoleon I, que debia suceder á su padre como antes el rey vivo al rey muerto.—¿Creeis, añadió Mr. Defermont, que Napoleon II es vuestro soberano?... Sí, sí, respondieron poniéndose en pie la mayor parte de los miembros de la asamblea... *Viva Napoleon III*—Pues bien, si lo creéis así, prosi-

guió Mr. Defermont, la comision ejecutiva debe tener pura y simplemente los poderes de una regencia, obrando por Napoleon II y en su nombre, tras de prestarle juramento. Pero antes hay que declararlo formalmente, y así os atraeréis al ejército, que es adicto á la dinastía, y regiréis el espíritu de la guardia nacional, á la cual se dice que esperáis á Luis XVIII, y hacéis saber al extranjero que existen condiciones sobre las cuales os habeis fijado irrevocablemente...—Aguardad, interrumpió un representante, á que se conozca el resultado de las negociaciones.—No, no, replicaron muchas voces, observemos la constitucion, y proclamemos á Napoleon II.—En pie la asamblea y gritando *viva el emperador!* se hallaba dispuesta á ceder al general impulso, cuando algunos miembros trataron de calmarla y la hicieron sentir la necesidad de proceder algo mas reflexivamente. No queriendo Mr. Boulay de la Meurthe dar lugar á que se resfriara el entusiasmo, volvió á la tésis de Mr. Defermont, y sostuvo la indivisibilidad del acta de abdicacion, y la nulidad del sacrificio, si el sacrificio quedaba sin premio; luego con extremada vehemencia puntualizó las intrigas enderezadas á promover la vuelta de los Borbones, y cuyo resultado era dividir la asamblea, enflaquecer al pais y abrir sus puertas al extranjero. Allí denunció dos partidos, uno que deseaba la vuelta de Luis XVIII, otro la elevacion del duque de Orleans, y especialmente cargó la mano sobre este último cual si hubiera existido, no siendo mas que una mera pension de los ánimos en suma, le pintó con los falsos colores que inspira el miedo, y tras de exhalar así las postreras iras del bonapartismo expi-

rante dejó á la asamblea por extremo agitada. Al cabo de réplicas inútiles de varios oradores, monsieur Manuel obtuvo la palabra. Inmediatamente le atrajeron la atención su figura juvenil y gallarda, su actitud sencilla y resuelta, una facilidad de expresión muy notable, y la falsa reputación de ser principal agente de Mr. Fouché, y partícipe de sus opiniones ostensibles, aunque no de sus miras secretas. En medio de la turbación de la asamblea tomó un tono tan vigoroso y tan hábil al mismo tiempo que desde los principios impuso su opinión al auditorio. No titubeó en censurar á los que deseando la proclamación de Napoleón II habian suscitado una cuestión tan grave como inoportuna, y no temió decir que era una solemne imprudencia plantearla y resolverla en el instante. Pero concedió que, una vez suscitada, dificultoso era eludirla, y que el mejor modo de resolverla no era otro que el de declarar de una manera terminante que se entendía observar la constitución vigente, donde se comprendía por necesidad la soberanía de Napoleón II. Despues de hacer esta concesion á las disposiciones de la asamblea, trazó un cuadro atrevido y fiel de los partidos que dividian á Francia, de sus esperanzas, de sus aspiraciones, de sus manejos, á las claras expuso que su preferencia personal no se dirigia á los Borbones, si bien significó fuerte y sagazmente que el único modo de esquivar la necesidad de pronunciarse entre estos diversos partidos consistia en atenerse al texto de la constitución vigente, aunque sin añadir una declaración nueva, de la cual resultasen mas dificultades que lo eran de suyo las negociaciones con Europa. Este discurso, el mas hábil y eficaz de todos los pro-

nunciados por este orador legitimamente famoso, obtuvo un éxito muy grande, á causa de satisfacer el doble deseo de la asamblea de tener á Napoleón II y la paz, y de brindar con un término medio que respondia á este doble designio. A Mr. Manuel encargó la asamblea que redactara su voto, consistente en decir que se pasaba á las órden del día, á causa de que, según el Acta adicional, Napoleón II era el verdadero emperador de los franceses, y de que en virtud de la resolución del día antes habia entendido nombrar una comision de gobierno, que en circunstancias de tanta gravedad como las actuales pudiera asegurar la defensa del pais, y garantir sus derechos, su libertad y su independencia. La asamblea levantóse en masa, votó que se imprimiera el discurso de Mr. Manuel, y se separó á los gritos de *viva el emperador*. Sin quebrantar mas los títulos ya de sobra amenazados á todas luces de Napoleón II, Mr. Manuel la habia prestado el servicio de ahorrarla una declaración nueva, que aumentara las dificultades de la paz ya no escasas. Por algunos momentos fué el idolo del día. Mr. Fouché atribuyóse cuanto pudo la honra de haber descubierto al orador, é inspirado el discurso, y dotado con un gran talento á la Francia. Así con un triunfo de sagacidad comenzó su carrera política este orador insignie, que se debia ilustrar posteriormente por la firmeza de sus opiniones. Todo creia haberlo salvado la asamblea, teniendo á Napoleón II y la paz. En su situación aflictiva necesitaba nutrir esperanzas, y se pagó de ilusiones, ya que no se podia pagar de realidades.

Inmediatamente entró la comisión ejecutiva en el ejercicio de sus funciones, y constituirse fué su primer cuidado. Desde luego necesitaba un presidente. Como adictos á la causa de la revolución M<sup>res</sup>. Quinette y Grenier votaron por Carnot: éste era demasiado cándido para darse á sí mismo el voto, y se lo dió al duque de Otranto. Hallando Mr. de Caulaincourt á Carnot recto, si bien muy poco hábil, y esperando que ya satisfecho Mr. Fouché le ayudaría á salvar los intereses de Napoleón, á Mr. Fouché dió su voto: dos reunió de esta suerte; á ellos añadió el suyo propio, y así vino á ser presidente de la comisión ejecutiva, y verdadero jefe del gobierno provisional.

Urgentes eran algunos nombramientos, pues Mr. de Cambacères envió su dimision de ministro de Justicia, y M<sup>res</sup>. Carnot y Caulaincourt no podían ser ministros y miembros de la comisión ejecutiva al mismo tiempo. Mr. Boulay de la Meurthe recibió en calidad de interino la cartera de Justicia, el hermano de Carnot la de lo Interior, y Mr. Bignon la de Negocios extrangeros. A la sazón tenía mayor importancia que todos los nombramientos el de jefe de la guardia nacional parisiense. Mr. Fouché no pensaba dejar esta posicion al general Durosnel, sin darle á lo ménos un superior que no inspirase temores por su adhesion al emperador caído. No quería á Mr. de Lafayette á quien desacreditaba despues de haberse servido de su influjo, y bajo el pretesto ya empleado de que Mr. de Lafayette era necesario para tratar con las potencias, hizo que fuera el elegido el mariscal Masena, cuyo nombre ilustre hacía desaparecer todas las rivalidades, y que mas ha-

tiado que nunca de los hombres y de las cosas, no esperando ya nada para el pais, no queriendo cosa alguna para sí propio, se hallaba dispuestísimo á no oponer obstáculo al torrente de los sucesos.

Tras de encontrar un jefe para la guardia nacional, se necesitaba otro para la ciudad de París y para las tropas destinadas á su defensa. Napoleón habia designado para este papel al mariscal Davout; no cabia hacer eleccion mas acertada, y se confirmó de consiguiente. Esto equivalia á elevar al mariscal Davout á la dignidad de generalísimo, pues necesariamente se habian de replegar sobre París todas las tropas disponibles, tanto las que habian tomado parte en las campañas de Flandes y de los Alpes, como las que iban á ser inútiles en la Vendée. Convenido quedó que el mariscal defendiera la ciudad á la parte de fuera con las tropas de línea y todas las que lo solicitaran voluntariamente, y que la guardia nacional se destinaria á conservar dentro el público reposo. Al general Drouot, cuyas virtudes eran prenda infalible de amor al órden y de patriotismo, se encargó el mando de los restos de la Guardia Imperial. No se dudaba que bajo tal jefe esta tropa heroica se sacrificaría de nuevo por el pais, aun estando privada de Napoleón. En seguida vinieron las medidas para las cuales el concurso de las Cámaras se hacía necesario.

Tres resoluciones presentó la comisión ejecutiva al punto de las ya propuestas en la junta celebrada de noche en el palacio de las Tuillerías, el alistamiento de la conscripcion de 1815, la autorizacion para hacer requisiciones á tenor de ciertas reglas, y la suspension de la libertad indivi-

dual. Votadas fueron sin dificultad las dos primeras resoluciones, pero hubo bastante oposicion la tercera. Honrada era la asamblea, y tenia horror á las medidas arbitrarias, calificadas de revolucionarias desde la primera revolucion de los franceses, y no las queria autorizar á ningún precio. Los realistas (y entonces se calificaba de este modo á los parciales de los Borbones) muy numerosos en el público, si bien tan escasos en la asamblea que se contarían cinco ó seis á lo sumo, se mostraban recelosos de que la suspension de la libertad individual se dirigiera contra su partido, y á la verdad acertaban en temer que iba particularmente en su contra. Con efecto, se pedia facultad para prender arbitrariamente á cuantos enarbolaran otros colores que los colores nacionales, ó profirieran gritos sediciosos, ó tomaran parte en la guerra civil, ó excitaran á la desercion á los soldados, ó mantuvieran correspondencia con los enemigos exteriores. Todos estos eran indudablemente delitos; pero las personas honradas, las que tenían vivo anhelo de ver establecido en Francia un sistema de legalidad sin intermitencias, desearan que no se pudiera castigar á nadie sino despues de probados estos delitos ante los tribunales, y de ningún modo por meras sospechas. Desgraciadamente al régimen legal habia escasa costumbre por entonces, y además se podia invocar un ejemplo imponente, el de la suspension del *habeas corpus* en Inglaterra, y el principio de la ley quedó admitido. Sin embargo, la asamblea quiso limitar su duracion al término de dos meses, y someter al juicio de una comision de individuos de las dos Cámaras sus aplicaciones. A pesar de precauciones tales, de

trescientos cincuenta y nueve votos sesenta fueron contrarios. Tras de emitir estos votos diversos, la asamblea decidió que sin levantar mano se ocuparía en redactar una constitucion nueva, como si se pudiera hacer nada mejor que el Acta adicional, y como si olvidara la inmensa ridiculez de deliberacion semejante á la vista de los ejércitos extranjeros, ya amenazando los muros de la capital.

Mientras se tomaban con urgencia estas medidas, se designaron los negociadores encargados de ir á tratar al campo de los aliados. Ahora no era ocasion de prescindir de Mr. de Lafayette, despues de alejarle de todas las demás funciones, aparentando que el papel de negociador le estaba señalado. Elegido fué por consiguiente, nombrándose además al general Sebastiani por su doble calidad de militar y de diplomático, á Mr. de Argenson por su nombre y su independencia en el famoso proceso de Ambéres, á Mr. de Pontecoulant por haber sido par de Napoleon y de Lois XVIII, y particularmente por haber negado el título de francés al príncipe Luciano, y á Mr. de Laforest por su consumada experiencia en asuntos de diplomacia. Agregado fué Mr. Benjamin Constant en calidad de secretario de legacion, á causa de su talento, y de las relaciones que con los soberanos extrangeros habia contraído durante su destierro. Se les encargó que estipulasen la integridad del territorio, la independencia de la nacion, esto es, la facultad de elegir su gobierno, la soberania de Napoleon II, el olvido de todos los actos recientes y anteriores, y por último, el respeto á las personas y á las propiedades. Subentendido estaba que de estas condiciones obtendria la legacion lo que le fuese posible, sacrifican-

do las que presentaran el riesgo de hacer la paz imposible. La condicion relativa á Napoleon II era simplemente nominal y mencionada por pura contemplacion á la asamblea. Se convino en que la legacion se dirigiria primeramente á Laon, no por que alli hubiera de encontrar á los soberanos, que venian con la columna invasora del Este, sino por que así podrian obtener del duque de Wellington y del mariscal Blucher, gefes de la columna del Norte, y actualmente sobre Paris en marcha, un armisticio, durante el cual se iria de seguida á negociar con los soberanos en persona.

Efectivamente, entonces Laon era el punto de reunion del ejército de los franceses, y el de los enemigos que venian en su seguimiento. Despues de retirarse confusamente por espacio de dos dias, oyendo los soldados fugitivos que en Laon se operaba la reunion de las tropas, allá acudieron en masa. El mariscal Soult habia fundido unos regimientos, cuando exigia tal fusion lo muy reducido de sus efectivos. Habiéndose salvado los tiros de la artilleria, cañones tomó en la Fère, y acabó por dar una verdadera organizacion militar á los treinta mil hombres escapados de Waterloo, y deseosimos de hacer nuevos esfuerzos de adhesion para tomar venganza de su desgracia.

Entretanto el mariscal Grouchy, á quien daban todos por perdido sin remedio, se ocultó á la vista del enemigo por el mas feliz é imprevisible acaso. Habiendo recibido el 19 de junio por la mañana la fatal nueva, á que tanto trabajo le costaba prestar asenso, se retiró sobre Namur, direccion que á mayor abundamiento le fué indicada por el oficial que Napoleon le habia despachado. Allá fué por

el camino mas recto, el del Monte de San Guiberto y de Tilly, y á Vandamme ordenó que por el de Wavre y Genbloux se dirigiera al mismo punto. Gran peligro corria de ser envuelto y abrumado durante esta travesia, pero felizmente los ingleses extenuados se ocupaban en reponerse de sus fatigas, y corriendo Blucher como un furioso en persecucion de los vencidos de Waterloo, no pensaba en Grouchy ni remotamente. Por Namur cruzaron las diferentes divisiones del mariscal francés el 20 de junio, recibiendo de los belgas continuos testimonios del interés mas vivo. A retaguardia marchaba la division de Teste, y tras de sostener en Namur un brillante combate, por el camino de Dinant, Rocroy y Rethel se unió sana y salva al cuerpo de tropas.

De consiguiente en Laon habia una parte de los soldados de Grouchy además de las reliquias de los combatientes en Waterloo, y dentro de uno ó dos dias se habian de juntar allí mas de sesenta mil hombres, provistos de material nuevo, y dispuestos á pelear á las ordenes de Napoleon con el arrojé de la desesperacion. Pero la noticia de que el emperador habia abdicado les llegó á indignar ó consternar de repente. Segun su costumbre no vieron aqui mas que una série de traiciones, y propalaban que ya nada tenian que hacer bajo sus banderas, puesto que el único hombre capaz de guiarles contra el enemigo acababa de ser indignamente destronado por traidores. Al saber la comision ejecutiva esta disposicion de ánimo de las tropas, les envió dos representantes, para hacerles presente que, despues de haber Napoleon desaparecido, aun quedaba que servir á algo mas sagra-

do con mucho, y era á Francia. Uno de aquellos representantes era el bizarro Mouton Duvernet, destinado como el mariscal Ney, y como el general La Bedoyère á ser víctima de las pasiones del tiempo.

Mientras entre la frontera y París ocurrían estos sucesos, dentro de la misma ciudad de París la agitación iba en aumento, por aguardar todos con la mayor angustia el fin de esta crisis extraordinaria. Habiendo permanecido Napoleón en el Eliseo después de abdicar la corona, al modo que en Fontainebleau veía formarse la soledad en torno suyo. Por consuelo no tenía mas que las visitas de algunos amigos fieles, como Mrs. de Basano, de Rovigo, de Lavallette, y las manifestaciones de los federados, de los militares escapados de las filas, llenando la avenida de Marigny, y lanzando gritos vehementes de *viva el emperador* así que divisaban su persona. Mr. Fouché le fué á visitar por vez postrera, aspirando á ocultar el embarazo que le causaban sus traiciones bajo su rostro descolorido. Napoleón recibióle con frialdad y cortesía, y se limitó á decirle estas palabras:—Aprestaos á pelear porque el enemigo nada quiere de lo que deseáis vosotros; no quiere mas que á los Borbones, y si los rechazais acaso, tened por segura bajo los muros de París una ruda batalla.—Mr. Fouché respondió á las palabras de Napoleón con cierta especie de asentimiento respetuoso, y luego se retiró de aquel palacio, donde todo le reconvenia por su conducta, y donde la altivez de Napoleón le dejaba mal parado, aun sin dirigirle cargo alguno. Mas á sus anchas se hallaba en las Tullerías, donde figuraba como soberano, y donde dominaba sin con-

traste la inercia de Quinette, el candor de Carnot, la inexperiencia de Grenier y el desaliento de Caulaincourt. Suponiéndole inconciliable con los Borbones, á causa del regicidio y de su prision antes del 20 de marzo, le dejaban obrar sus colegas, remitiéndose á su actividad, á su fácil manejo y á su capacidad para todo. Por su parte, mientras el ejército se replegaba sobre París, y los comisarios despachados cerca de los soberanos iban á ensayar una negociacion imposible, y la asamblea creía útil y honrosa discutir una constitucion nueva en semejantes circunstancias, Mr. Fouché empleaba el tiempo en procurar que redundara en provecho suyo el desenlace de esta triste y burlesca comedia. Aun cuando por miramientos hácia la asamblea hablara y dejara hablar de Napoleón II, monsieur Fouché no creía tal cosa ni por asomo. Convencido estaba de que los soberanos aliados no querian mas al hijo que al padre, y que el antagonista obligado de Napoleón vencido no podia ser otro que Luis XVIII: sin embargo, no su preferencia, sino su prevision constituian los Borbones. Considerándolos inevitables, decidido se hallaba á trabajar por su restablecimiento, para sacar ventajas de su logro. Prever este restablecimiento y hasta darlo apoyo no era un delito, ni mucho menos, sino perspicacia, y nunca la perspicacia puede ser objeto de censura. Pero al prever una segunda restauracion como hombre de talento convenia trabajar por ella como hombre de bien y buen ciudadano, es decir, hablar ingenuamente á aquellos de sus colegas capaces de comprender la verdad, como por ejemplo, Mr. de Caulaincourt y el mariscal Davout, contemplar á los otros sin ven-

derlos, y luego establecer condiciones no personales sino á favor de Francia, de su territorio, de su libertad, y particularmente de la seguridad de los individuos comprometidos. Tal debió ser el plan de Mr. Fouché, y no lo fué de ningún modo. Su manera de obrar iba á ser, como se vera de seguida, á tenor de su corazon y de su talento, no consistiendo mas que en trabajar por la restauracion de los Borbones ya que se hacia inevitable, y atribuirse el mérito de su logro para conseguir las ventajas, y con tal designio no franquearse respecto de nadie, á riesgo de hacer traicion á todo el mundo, y salvar á los individuos que le fuera posible, porque salvo su interés no era malo, y entregar á aquellos cuya salvacion no estuviera en su mano, y en suma convertir en una intriga lo que debiera ser una negociacion dirigida hábil y honradamente.

Sin duda se hace memoria de que Mr. Fouché habia saltado espontáneamente de su encierro á Mr. de Vitrolles. Le envió á llamar el 23 de junio por la mañana, esto es, al dia siguiente de la abdicacion, para anudar inmediatamente una intriga con el partido realista. Mr. de Vitrolles deseaba ante todo correr á la córte de Gante, á fin de entenderse con ella acerca de los arbitrios para asegurar su vuelta, y de tener allí la parte que le gustaba tomar en los sucesos. Mr. Fouché le hizo renunciar á tal propósito de seguida, y le retuvo con la especie de que en Paris y en union suya habia que trabajar por tal obra, y no en Gante con los príncipes emigrados, que solo habrian de recibir los servicios que les fuesen prestados. Le pintó la tarea como muy árdua, su situacion como infinitamente de-

licada, entre Carnot á quien calificaba de fanático imbécil, y Quinette y Grenier á quienes suponía llenos de la mas necias preocupaciones revolucionarias, y Caulaincourt á quien representaba como atento exclusivamente á los intereses de su antiguo soberano. Realmente Mr. de Caulaincourt le inquietaba poco, pues ya juzgaba perdida la causa de la imperial dinastia, y seria facil de contentar si se ponía la persona de Napoleon á resguardo. Monsieur Fouché repitió á Mr. Vitrolles que no trabajaba mas que á favor de Luis XVIII; que se encaminaria únicamente hácia este objeto, aun cuando al parecer no marchara siempre en derechura; que de Napoleon I ya se habia desembarazado; que aun encontraría á Napoleon II en su camino, y hasta al duque de Orleans acaso, pero que sin detenerse los *atravesaria* á ambos, con tal de que de resultas de una impaciencia excesiva no se crearan dificultades de gran bulto. Despues de obtener estas explicaciones y estas seguridades, Mr. de Vitrolles prometió quedarse en Paris en lugar de ir á Gante. Sin embargo, al consentir en no abandonar á Paris, monsieur de Vitrolles pidió al presidente de la comision ejecutiva que le asegurara ante todo su cabeza, despues frecuentes entrevistas, y por último los necesarios pasaportes para los agentes que á Gante fueran despachados.—Vuestra cabeza, les respondió únicamente el duque de Otranto, *será colgada en el mismo garfio que la mia*; en cuanto á las comunicaciones, me vereis, dos, tres y cuatro veces al dia, si es de vuestro agrado; y respecto de pasaportes, os voy á dar ciento, si os hacen falta.—Concluidos estos acuerdos, Mr. Fouché aconsejó á Mr. de Vitrolles que se mostrara poco, y aun que

se recatara hasta el día en que se pudieran guardar menores miramientos.

Habiendo establecido activas relaciones con Luis XVIII por conducto del agente mas acreditado del realismo, Mr. Fouché prosiguió manifestándose ante Carnot, Quinette y Grenier como ir-reconciliable con los Borbones y la emigracion, y ante Mr. de Caulaincourt como parcial de Napoleón II, bien que sin esperanzas, y como resuelto á procurar para Napoleón I el trato mas digno de su grandeza y de su gloria pasadas. En cuanto á los numerosos representantes, por cuyo medio se comunicaba Mr. Fouché con la segunda Cámara y trataba de dirigir sus deliberaciones, les dejaba entrever serias dificultades respecto de Napoleón II, por vez primera hablaba de la casi imposibilidad de sacarle de manos de las potencias, de la escasa adhesion de María Luisa á la grandeza de su hijo, é indicaba que de cualquier modo no se perdería en el cambio, si de la casa de los Borbones se elegia un principe adicto á la causa de la revolucion, tal como el duque de Orleans, por ejemplo, cuyas luces, cuyas opiniones y cuya conducta eran conocidas de todo el mundo. Al hablar de este modo el duque de Otranto hallaba general asentimiento, salvo en los bonapartistas decididos, pues los revolucionarios y los liberales se acomodarán de buena voluntad al reinado de la segunda rama de los Borbones, prefiriendo un hombre hecho, ilustrado y libre, á un niño prisionero del extranjero y difícil de sacar de sus manos. Pero al usar de tal lenguaje, Mr. Fouché no pensaba mas que en *atravesar* á Napoleón II, como lo habia dicho á Mr. de Vitrolles, y al parecer se aproximaba

al duque de Orleans, para *atravesarle* á su turno, á fin de ir á parar á los Borbones, que llegada la hora, le debian tratar á la manera que Mr. Fouché habia tratado á todo el mundo.

Durante este tiempo la agitacion de los ánimos seguia extremada, y la abdicacion de Napoleón que la debió calmar en la apariencia, no era mas que un paso, y no el término de la crisis. Mientras este objeto se tuvo delante, no se miró mas lejos; pero ya conseguido y superado, hácia otro fin se dirigian los ojos. Poseidos los bonapartistas y los revolucionarios de la mas viva zozobra, se consultaban acerca de si verdaderamente se estaria en proporcion de negociar con el extranjero, de obtener á Napoleón II en recompensa del sacrificio de Napoleón I, y de si se estaria en aptitud de lanzarse á la lucha, en el caso de fracasar las negociaciones; pero aun pensando en esto, no lo esperaban de ninguna manera, pues ahora conocian que privado el ejército de Napoleón, se hallaria sin confianza y sin caudillo. Mientras comenzaban los bonapartistas y los revolucionarios á experimentar todas las torturas de la desesperacion, ya confundidos ahora, por el contrario los realistas sentian ya todos los martirios de la impaciencia. No se podian resignar á espera larga, viendo que en su favor refluia todo. Disponiendo de muchos hombres de mano, vueltos unos de la Vendée pacificada, salidos otros de la casa militar y anhelosos de tornar á ella, se hallaban prontos á las empresas mas temerarias. Así Mr. Dubouchage, viejo realista de adhesion acrisolada, en rededor del cual se juntaban muchos, no pedía mas que una señal de los principales miembros del parti-

do, para arriesgar un golpe de mano contra la Cámara de representantes. El general Dessoles, antiguo jefe de la guardia nacional, mantenía inteligencias en sus filas, y aspiraba á despertar un celo, que no habian podido extinguir los tres meses ya transcurridos. A estos personajes se habian agregado tres mariscales, desde antes adictos á la causa de los Borbones, los mariscales Macdonald, Saint-Cir y Oudinot. Se queria que se pusieran á la cabeza de los realistas para intentar un movimiento, pero no eran personas que se prestasen á hacer una calaverada por exceso de realismo, y además bajo la direccion de Mr. Fouché les decia Mr. de Vitrolles que era demasiado pronto, y que era fuerza dejar que se presentase ocasion mas propicia. Entretanto los realistas rodeaban el Eliseo para observar lo que pasaba en su contorno, y ofuscados se hallaban de resultados del espectáculo que diariamente se ofrecia allí á su vista.

A lo largo del palacio la avenida de Marigny estaba cada vez mas atestada de ociosos tan agitados como amenazadores. Segun ya hemos dicho, los más eran federados, y se componian de hombres del pueblo y antiguos militares, á quienes Napoleón habia diferido dar armas hasta que se presentara bajo los muros de París el enemigo, y que Mr. Fouché habia resuelto no armar de ningun modo. Algunos de los mas quietos habian obtenido el título de tiradores de la guardia nacional y ser destinados á la defensa exterior de París con la tropa de línea y á las órdenes del general Darricau. Pero ascendian á número escaso: los que aun estaban sin armas, y á quienes se agregaban algunos miles de militares de todas graduaciones, que ha-

bían abandonado las filas por despecho, se agrupaban en los alrededores del Eliseo, con la esperanza de ver á Napoleón de lejos, y de saludarle con sus aclamaciones. A unos y á otros les animaba la idea de que existia una gran traicion, ó en el poder, ó en las Cámaras, que la tal traicion tenia por objeto entregar la Francia al extranjero, y que si Napoleón se queria volver á poner á su cabeza, aun seria posible repeler á los ejércitos enemigos, y dispersar á los realistas. Así lo decian en grupos ruidosos y alborotadores, y amenazaban con poner manos á la obra, y siempre que divisaban á Napoleón en el jardín lanzaban gritos en que se mezclaba el furor al entusiasmo. Aun sin hacer nada por excitarlos á tales extremos, Napoleón no podia resistir al impulso de presentarse algunas veces, y de recibir estos últimos homenajes del pueblo y del ejército, de los cuales pronto se iba á despedir para siempre.

No obstante, aun cuando en aquella multitud viera medios de derribar al gobierno provisional y á las Cámaras, y de volverse á apoderar del mando militar por algunos dias, y quizá de intentar contra Wellington y Blucher una postrera lucha, fijando los ojos mas allá de un triunfo del momento, para ceder á tal tentacion no descubria sino muy escasas eventualidades de formal resultado, y virtualmente no pensaba mas que en el lugar de su retiro, mirando como próximo el dia en que se habria de poner á cubierto, ora de las perfidias de dentro, ora de las violencias de fuera. Pero los que recelaban su presencia, le atribuian proyectos que no abrigaba su mente, y suponian que con la mayor actividad trabajaba por asir el poder de

nuevo, y alarmaron á Mr. Fouché en gran manera. Particularmente los realistas le enviaron á decir, que si se dormía sobre el peligro, ya muy tarde le despertaría un golpe de mano de los federados con Napoleón á la cabeza. Tras de hacérselo saber á Mr. Fouché, se divulgó por todos los bancos de la Cámara de representantes.

Mr. Fouché era harto solapado en su conducta, para que no atribuyera igual doblez á la conducta ajena. De sus sospechas dió cuenta á sus colegas de la comision ejecutiva, y aspirando á alarmarlos con desarrollar ante sus ojos lo que Napoleón era capaz de poner por obra á la desesperada, con autorización ó sin ella, se determinó á hacerle abandonar el Eliseo. Para esto se necesitaba hablarle, y decidirle por la persuasion, ya que fuera muy arduo por la violencia. Temeroso de ser mal recibido, y vacilante en volverse á presentar delante del hombre á quien habia hecho traicion, encargó esta comision al mariscal Davout, cuya aspereza era bien conocida, y á quien habian resfriado algun tanto respecto de Napoleón los ajes de que habia sido blanco en los últimos tiempos.

El mariscal se dirigió al Eliseo, y en el patio halló á una multitud de oficiales, que sin licencia habian abandonado las filas, clamando como los demás contra la traicion, y diciendo que Napoleón se debia poner á su cabeza para ataquilar á los traidores. Con varios de estos oficiales sostuvo muy vivos altercados, entre ellos encontró algunos que le igualaban en rudeza, y tras de dirigirles inútiles reconvencciones, fué introducido á presencia de Napoleón. Le manifestó el objeto de su comision de seguida, y se aplicó á demostrarle que se debia

alejar por su interés propio, y el de su hijo, y el del país, á fin de disipar las inquietudes de que era causa, y de dejar al gobierno toda la libertad de accion necesaria en tan grave y difícil coyuntura. Napoleón recibióle friamente, no le disimuló que de otro cualquiera que del mariscal Davout esperara semejante paso, sin dignarse descender á justificaciones afirmó que no tenia proyecto alguno de los que se le atribuian de tal modo, y se manifestó dispuesto á salir de Paris con tal de que se le proporcionaran los medios de ganar sin obstáculo un retiro seguro. Acto continuo despidióse el mariscal mortificado de tal recibimiento, aunque de su comision habia salido airoso. Este soldado probe, sensato, si bien duro, y nada idóneo para los matices delicados, no se daba cuenta del efecto que habia debido producir sobre el hombre que dos dias antes era aun su soberano, y así retiróse afligido. Napoleón resolvió pasar en la Malmaison los contados dias que le quedaban ya de vivir en Francia. Este agradable retiro, donde habia comenzado y donde iba á terminar su carrera, á sus ojos era á la par una mansion dolorosa y llena de encanto, y no sentia realmente beber allí á grandes sorbos sus negros pesares. A la reina Hortensia rogó que le hiciera allí compañía, y esta hija cariñosa apresuróse á darle gusto, para prodigarle sus últimas atenciones. Napoleón habia meditado largamente sobre el punto donde iria á acabar la vida. Mr. de Caulaincourt le aconsejó que fuese en Rusia, pero preferia á Inglaterra.—Rusia, decia, es un hombre; Inglaterra es una nacion y una nacion libre. La halagara ver que le pido asilo, porque debe ser generosa, y allí saborearé las únicas delicias per-

mitidas á un hombre que ha gobernado al mundo, el trato de las personas ilustradas. — Pero ante las observaciones de Mr. de Caulaincourt, el cual le puso de manifiesto que las pasiones del pueblo británico eran aun demasiado vivas para que pudieran ser generosas, al cabo se decidió á renunciar á Inglaterra y á elegir á América. — Puesto que se me niega la sociedad de los hombres, añadió, me refugiaré en el seno de la naturaleza, y allí viviré en la soledad adecuada á mis últimos pensamientos. — Así queria que se le aprestaran dos fragatas armadas actualmente en la rada de Rochefort, y á bordo de las cuales se podría trasladar á las playas americanas. Además pidió libros y caballos, y toda su mente consagró á los preparativos de viaje.

302 Su abdicacion fué el 22 de junio; del Eliseo salió el 23 á medio dia, subiendo en lo interior del jardin al coche, para ser menos visto de la muchedumbre. Está le reconoció á pesar de todo, y le acompañó con los gritos de *viva el emperador*, no sospechando lo que se iba á hacer con su persona. Después de saludarla tristemente, Napoleon salió de aquel París que ya no habia de ver nunca, y se alejó con el corazón hondamente enternecido, cual si asistiera á sus propios funerales. Llegado á la Malmaison, allí encontró á la reina Hortensia, que acudió diligentemente, y aprovechando el tiempo, que era hermoso, se paseó mientras se le permitieron las fuerzas por aquella morada, á la que estaban ligadas las mas brillantes memorias de su vida. Sin cesar habló de Josefina, y nuevamente expresó á la reina Hortensia el deseo de poseer un buen retrato que representara fielmente esta inolvidable esposa á sus ojos.

303 Su partida llenó de satisfacción á Mr. Fouché, que se creyó casi emperador, al ver expulsado de París al que lo habia sido tan largo tiempo. Ya partido Napoleon y dispuesto al parecer á abandonar, no solo á París, sino á Francia, no habia mas que prestarse á sus deseos. Con todo, Mr. Fouché experimentaba dos cuidados, de que fácilmente hizo participar á sus colegas, á saber: que en el aislamiento de la Malmaison se hallara Napoleon expuesto á alguna intentona, ora de los realistas, ora de los bonapartistas, unos queriendo librar de su persona á su partido para siempre, otros, por el contrario, queriendo ponerle á la cabeza del ejército que se iba acercando, para probar fortuna por vez postrera. Mr. Fouché no queria entregarle en manos de asesinos, ni restituírle á los desesperados parciales de la causa imperial. Idea suya fué ponerle bajo la custodia del general Beker, soldado no menos distinguido por sus prendas morales que por sus prendas militares, de lealtad á toda prueba, é incapaz de conservar memoria de haber caído el año de 1809 en desgracia. No se necesitaba menos que tal hombre para comision tan delicada, pues se sublevara á todos los hombres de honra con las apariencias de dar á Napoleon un carcelero. Durante la mañana del 26 de junio el mariscal Davout envió á buscar al general Beker y le comunicó la comision á que estaba destinado, señalándola dos objetos, el primero proteger á Napoleon, y el segundo impedir que los alborotadores movieran disturbios al amparo de un nombre glorioso. Acto continuo le ordenó que se trasladara á la Malmaison sin tardanza. Sometióse el general Beker al mandato muy á despecho suyo, y sin em-

bargo aceptó el papel que se le imponía, por ser honroso velar junto á la persona del grande hombre caído, y patriótico precaver los desórdenes que se pudieran suscitar en su nombre. Se le declaró que las dos fragatas designadas estarían á disposicion de Napoleon, pero que para asegurarse de su navegacion libre, al duque de Wellington se habian enviado á pedir salvo-conductos, y que, si Napoleon consentia en salir para Rochefort al punto, los podria aguardar en la rada. Posteriormente se ha acusado á Mr. Fouché de haber querido entregar á Napoleon á los ingleses, avisándole de su partida con esta fingida demanda de salvo-conductos. Completamente errónea es suposicion semejante, aun autorizándola sin duda la muy equívoca conducta de Mr. Fouché en aquellas circunstancias. Al campo de los ingleses fué enviado el general Tromelin, breton y realista de corazon, para obtener pasaportes que permitieran á Napoleon retirarse sano y salvo á América, y por el mismo conducto se aspiró á conocer las miras del generalísimo inglés con relacion al gobierno de Francia. De este modo obró Mr. Fouché por haberse figurado erradamente que dándose los ingleses por contentos de haberse desembarazado de Napoleon, se apresurarian á conceder los salvo-conductos. Se engañaba sobremanera, como se verá pronto, y la precaucion que tomaba para librar á Napoleon de cautiverio, y para eximirse á sí propio de la sospecha de una horrorosa perfidia, destinada estaba á fracasar doblemente, pues respecto de la partida de Napoleon, todo lo iba á poner de manifiesto, exponiendo á la par á Mr. Fouché á la sospecha de haber entregado al que trata-

ba de salvar con todas veras. Desconfiando mucho de las precauciones de Mr. Fouché, creyó el almirante Decrés que á bordo de buques mercantes desconocidos, se hallaria Napoleon mas seguro que á bordo de buques de guerra que ostensiblemente abrigaran al ilustre fugitivo. Por esto se puso en comunicacion con buques mercantes americanos surtos en la rada del Havre, y de dos de ellos obtuvo la oferta de transportar clandestina y seguramente á Napoleon á Nueva Yorck. A Napoleon hizo llegar estas proposiciones al mismo tiempo que las del gobierno provisional.

Quando en la Malmaison fué anunciada la llegada del general Beker, allí produjo una sorpresa dolorosa. Al principio creyóse que con este general no enviaba Mr. Fouché mas que un carcelero. Algunos servidores fieles, unos militares, otros civiles, jóvenes los mas y capaces de los actos mas atrevidos, habian acompañado á Napoleon á esta residencia, y dispuestos se hallaban á no reconocer la autoridad del general Beker á la menor palabra que saliese de sus labios. Napoleon aplacóles deliberadamente, y ante todo quiso recibir al general enviado, para que mediaran las debidas explicaciones. Con reserva le acogió y cortesía, bien que, al verle conmovido, muy luego le reconoció por hombre leal á toda prueba, y tratóle como amigo, y se le explicó francamente. Napoleon consentia en partir al punto y hasta lo deseaba de veras, aunque desconfiaba del envio de los salvo-conductos, y además temia ser retenido como prisionero en la rada, y entregado luego á los ingleses por una perfidia del duque de Otranto. Tambien pudiera aceptar la proposicion de los americanos

del Havre, pero lo de escaparse de una manera clandestina á bordo de un buque mercante, le parecia indigno de su grandeza. Al general Beker encargó que volviera á París á declarar cómo estaba pronto para la partida, á condicion de que se le permitiera hacer inmediato uso de las fragatas, prefiriendo estar en la Malmaison á ir á Rochefort, si habia de aguardar órdenes para hacerse á la vela. Inmediatamente corrió á París el general Beker á desempeñar la comision de que estaba encargado; pero Mr. Fouché insistió en decir que no se cuidaba de que se le acusara de entregar á Napoleon á los ingleses, con hacerle embarcar sin salvo-conductos; que á mayor abundamiento estos salvo-conductos estaban ya solicitados, y que no podia tardar la respuesta. Menester fué aguardar por consiguiente, y en la Malmaison debió permanecer Napoleon entretanto.

Grande alivio fué para los realistas verse libres de la presencia de Napoleon en París, y no lo fué menor para Mr. Fouché, que siempre recelaba una tentativa del pueblo de los arrabales y de los militares, tomando á Napoleon por caudillo, deshaciéndose de las Cámaras y del gobierno provisional y ensayando una lucha desesperada contra los ejércitos ahados. Ya lograda la salida de Napoleon de la capital, no mostraba Mr. Fouché tanta prisa de que la crisis llegara á desenlace, pues aun cuando juzgara inevitables los Borbones, no mirara con disgusto que de los sucesos surgieran nuevos candidatos á la soberania. Tal era el primer motivo para proceder con pausa, bien que existia otro mas sensato y mas positivo, pues aun resignándose Mr. Fouché á los Borbones, le era necesario indu-

cir á la comision ejecutiva y á las Cámaras á lo mismo y poco á poco, y hacer que palparan la necesidad de tal resultado, y tomarse tiempo á fin de sacar para sí propio el mayor provecho que le fuera posible. Tres de los cinco miembros de la comision ejecutiva, Carnot, Quinette, Grenier, creian con toda sencillez que, entre resistencia armada y negociaciones, se podria al cabo eludir la terrible necesidad de aceptar una vez mas á los Borbones. Solo Mr. de Caulaincourt veia esta necesidad en claro, y dejaba que Mr. Fouché obrara á sus anchas, no queriendo sacar de estas tristes convulsiones mas que mejor trato para Napoleon. Obligado se veia Mr. Fouché á contemporizar, pues de cinco tenia tres votos en contra, y ademas la aversion de las Cámaras hácia los Borbones. Pero no convenia contemporizar á los realistas, mas impacientes que nunca, y que decian ser quince mil y muy resueltos, procedentes de la Vendée los unos, de la casa militar los otros, y que eran tres ó cuatro mil á lo sumo. Estos apretaban al viejo Mr. Dubouchage al movimiento, y á su turno apretaba éste á los mariscales Oudinot, Macdonald y Saint-Cir á dar la señal cuanto antes. Mr. de Vitrolles les exhortaba á no cometer imprudencias, porque se podian echar encima á los federados, poniendo ademas á las Cámaras al tanto de sus ocultos designios, y dando quizá margen á una reaccion favorable á Napoleon, y comprometiendo así el resultado por quererlo precipitar á todo trance. Mientras Mr. de Vitrolles recomendaba la paciencia á sus amigos, cerca de Mr. Fouché hacia naturalmente lo contrario, y le estrechaba á proclamar á Luis XVIII, por la razon muy aparente de anti-

ciparse en esta segunda restauracion al extranjero y de tener el mérito de ella, y de evitar á los Borbones la fatal apariencia de ser restablecidos por manos enemigas. Estas razones eran buenas sin duda, pero si contenian motivos sobrados para obrar al punto, no proporcionaban los medios. Al decir de Mr. Fouché no era posible hacer una abertura tan grave á la comision ejecutiva, sino apoyándose en la imposibilidad demostrada de resistir á los ejércitos aliados. Y solo habia un hombre que con autoridad pudiese declarar imposibilidad semejante, y era el mariscal Davout, ministro de la Guerra. Sus funciones, su gran reputacion militar, su teson recientemente acreditado en Hamburgo, su proscripción bajo los Borbones, le hacian personaje único en las actuales circunstancias, y no habia otro capaz de decidirlo todo, sin mas que proclamar la imposibilidad de la defensa. Por su entereza y su sinceridad era capazísimo de decir la verdad así que la descubrieran sus ojos. Además existia una razon de gran bulto para decirlo sin rodeos, y estribaba en la responsabilidad que se echara encima, declarando posible una resistencia que no lo fuera de ningun modo, y que se pondría á su cargo. De consiguiente Mr. Fouché designólo como el personaje, cuya conquista se hacia indispensable. Pero este ilustre mariscal era tan poco dado á las intrigas, que ofrecia grave dificultad acercársele con tal objeto. No obstante el acaso, siempre complaciente de sobra para las cosas necesarias, al dia siguiente de la partida de Napoleon deparó la coyuntura apetecida. Al mariscal Oudinot habia señalado la policia como destinado á ponerse al frente de un movimiento realista. No se

habia negado este mariscal á relaciones ostensibles con Napoleon, sin embargo de no volver al servicio despues del 20 de marzo. Así á Napoleon vió algunas veces y tambien al mariscal ministro de la Guerra. Este envióle á llamar ahora, le dirigió algunas reconvençiones, y para poner á prueba sus sentimientos, le ofreció un mando. El mariscal Oudinot se excusó al punto, y estrechado por el ministro, le puso de manifiesto que servia á una causa perdida; que los Bonapartes eran ya imposibles; que los Borbones eran inevitables y deseables; que, si no se les proclamaba de voluntad propia, muy luego habria que recibirlos de manos del extranjero, y bajo malas condiciones así para ellos como para el país; que seria mas prudente tomar una iniciativa valerosa, y que de tan sensata como patriótica habria que calificar esta conducta. Finalmente redujo la cuestion á una cuestion militar, y preguntó al mariscal Davout si creia posible resistir á Europa, cuando Napoleon habia fracasado en la empresa. Sobre esto añadió que el rey Luis XVIII siempre habia querido ser justo respecto de su persona, si bien se lo habian estorbado; pero que apreciaba en todo su valor las insignes prendas del vencedor de Aversaed, y tomaria en cuenta los servicios que en la presente ocasion prestara á Francia.

El mariscal Davout respondió que bajo el abrumante peso con que se le habia cargado, de relevar á Napoleon en el mando, no pensaba en mercedes personales, sino en la enorme responsabilidad que tenia acuestas, y que convenia en que en el actual estado de las cosas la resistencia á Europa se le figuraba casi imposible. Despues de esta con-

fesion era difícil no admitir á los Borbones, por no querer Europa otros soberanos para Francia. Como hombre de gran seso reconoció el mariscal Davout esta necesidad al golpe, y añadió que por sí no tendria inconveniente en superar sus repugnancias, si los Borbones fueran capaces de observar una conducta razonable. Como le preguntara, el mariscal Oudinot qué se necesitaria para que juzgase razonable su conducta, el mariscal Davout respondió con las condiciones siguientes. Entrada del rey en Paris sin los ejércitos extranjeros, dejados á treinta leguas de distancia de la capital, adopción de la bandera tricolor, olvido de todos los actos y de todas las opiniones, así para los militares como para los hombres civiles, mantenimiento de las dos Cámaras actuales, conservación del ejército en su estado presente, etc. El mariscal Oudinot despidióse para dar cuenta de esta conversacion á personajes mas autorizados. En busca fué de Mr. de Vitrolles, que halló tales condiciones muy admisibles, y quiso hablar con el mariscal Davout cuanto antes. Este consintió en la entrevista, y á Mr. de Vitrolles recibió aquella misma noche. Mr. de Vitrolles manifestó que no tenia instruccion alguna respecto de las condiciones propuestas, si bien estaba convencido de que por el rey serian aceptadas, especialmente si se le proclamaba antes de que en Paris entraran los extranjeros. A los ojos del mariscal Davout pareció lo mas ventajoso del mundo proclamar inmediatamente á los Borbones, si se evitaba que por segunda vez pisaran los extranjeros la capital á este precio, y determinóse á hacer al dia siguiente una proposicion formal en tal sentido á la comision ejecutiva. Hombre el mariscal

Davout de grande entereza, y poco entendido en las contemplaciones de la politica, si una cosa le parecia razonable, no comprendia que se vacilara en adoptarla sin demora.

Reunida al dia siguiente 27 de junio la comision ejecutiva en el palacio de las Tullerías, y asistiendo los presidentes de las dos Cámaras y la mayor parte de los individuos de sus respectivas mesas, ya sabedor el duque de Otranto de lo acontecido la noche anterior entre el mariscal y Mr. de Vitrolles, dirigió la conferencia sobre el estado de las cosas, bajo el aspecto militar muy especialmente. El mariscal Davout dió cuenta de las últimas noticias, á la verdad poco satisfactorias. De dos dias atrás marchaban con la mayor celeridad los ingleses y los prusianos, y de temer era que aparecieran delante de Paris primero que el ejército que se habia empezado á allegar en Laon. Nada amigo por su caracter de circunloquios, el mariscal dijo rotundamente, que una resistencia formal se le figuraba imposible; que, aun suponiendo que se alcanzara alguna ventaja sobre los ingleses y los prusianos, procedentes del Norte, aun quedaban los austriacos, los bávaros y los rusos, procedentes del Este, bajo cuyo esfuerzo se sucumbiria un poco mas tarde; que en semejante situacion no convenia negarse á reconocer la realidad de las cosas, sino manifestarla con lisura, y obrar en consecuencia; que los Borbones eran inevitables, y valia mas aceptarlos y proclamarlos de voluntad propia, á fin de que entraran solos y bajo las condiciones que al mariscal Oudinot habia propuesto. No haciendo á semejanza de Mr. Fouché las cosas por mil cálculos y rodeos, el mariscal Davout refi-